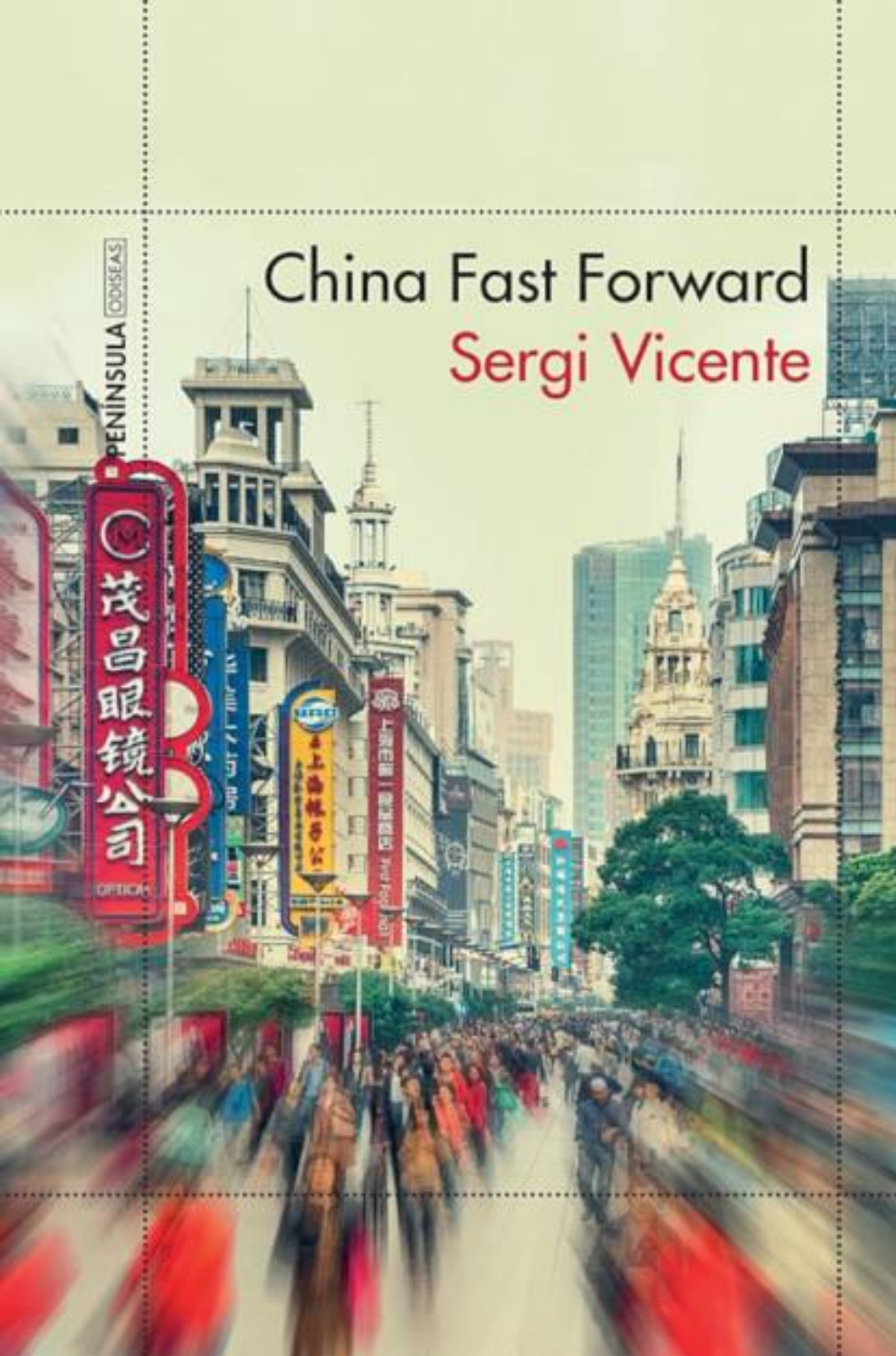


PENINSULA ODISEAS

China Fast Forward

Sergi Vicente



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

MAPA

PORTADILLA

PLAY

0. ENTONCES SUPE QUE NO DURARÍA DEMASIADO

1. PERO ¿QUÉ DIABLOS HAGO AQUÍ?

2. LA DIMENSIÓN DEL MUNDO SE HABÍA ALTERADO

3. TAIYUÁN

4. LA GRAN BRECHA

5. ADAPTACIÓN

6. LLENAR LA BARRIGA

7. LA DETENCIÓN MÁS LARGA

8. LOS OBREROS DEL MUNDO

9. PAISAJE BLADE RUNNER

10. ADOPCIONES

11. CRECER O MORIR

12. EL CUELLO DE MAO

13. EFECTOS COLATERALES

14. LAS HERMANAS JIN

15. MERCADO DE ALMAS

16. SICHUÁN

17. TIANANMÉN

18. EL IMPERIO DE LA LEY

- 19. DEMOCRACIA DE BASE
- 20. CONTROL DE LA INFORMACIÓN
- 21. TÍBET
- 22. XINJIANG
- 23. POTENCIA MUNDIAL
- 24. EL SUEÑO CHINO
- STOP
- CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿Qué sabemos de la China? No, de verdad: ¿qué sabemos?

Seguramente tan poco como cuando Sergi Vicente aterrizó en el país en 2003 con la idea de dar clases de inglés a niños durante tres semanas. Nunca llegó a utilizar el billete de vuelta. A los pocos meses TV3 empezó a pedirle crónicas desde el terreno y poco después se oficializó la coresponsalía.

A lo largo de los casi doce años que siguieron, Sergi Vicente recorrió todas las provincias chinas en busca de la noticia. Su periplo coincidió además con una época de profundos cambios en el país asiático, cambios que han catapultado a China a la primera línea informativa y de los que el ahora director de BTV ha sido observador privilegiado.

Es este un relato en primera persona, hecho desde el conocimiento del territorio y la cultura china, en el que se da cuenta del salto generacional y la apertura social de la China, el replanteamiento de prioridades político-económicas y las urgencias medioambientales de un país demográficamente al límite. En resumidas cuentas, estamos ante un libro imprescindible para entender cómo es la China de hoy y cuáles son las claves para entender sus retos inmediatos de futuro.





China Fast Forward

Sergi Vicente

Traducción de Agnès González

ediciones península

PLAY

Cuando la memoria vuelve a mi periplo chino de más de doce años ininterrumpidos, enseguida me invade una sensación familiar. Vértigo. Es como si todo hubiera ocurrido a cámara rápida. Cualquier recuerdo, cualquiera de los centenares de viajes que hice por todo el país, cualquiera de las personas a las que conocí... suele aparecérseme como una sucesión inconexa de *flashes*. Es como si prácticamente no hubiera habido tiempo para descansar entre historia e historia, como si hubiera sido incapaz de procesar todo el conocimiento y las experiencias que fui acumulando y, sobre todo, de darle sentido en conjunto.

El libro que el lector tiene en las manos pretende poner un poco de orden en todo ello, por pura necesidad vital y para evitar el riesgo de que esos años de dar testimonio se conviertan en un recuerdo cada vez más difuso, idealizado o alterado por los caprichos de la memoria. Yo ya he cerrado mi etapa allí como corresponsal de televisión y me distancio del relato de su actualidad, pero China sigue evolucionando y, créanme, va muy deprisa.

Precisamente porque todo ha ido a un ritmo tan acelerado, solo cuando he podido distanciarme he sido capaz de digerirlo todo lo suficientemente como para sentirme con fuerzas de contarlo. Y no quiero engañar a nadie: es

más bien un relato de cómo lo viví yo, no tanto de lo ocurrido en China durante todo ese tiempo.

Hay quien cree que, cuando el cuerpo se traslada a miles de kilómetros de distancia en muy poco tiempo, como en un viaje intercontinental en avión, el alma es incapaz de seguirlo y necesita un tiempo para adaptarse. Cuando eso ocurre no solo nos encontramos físicamente abatidos, sino que también estamos cósmicamente descolocados, habituándonos a nuestra nueva posición en el mundo.

Echo la mirada atrás como observador que no interviene en la realidad que describe y sin la presión de tener que interpretarla con las prisas que exige la actualidad informativa. Pienso en todo lo vivido en China y me viene a la cabeza esa teoría. En todos los sentidos, los cambios que han convertido China en un foco de atención mundial son de tal dimensión y velocidad que la han sacudido hasta el nivel del desconcierto. Desconcertada es como veo a una sociedad que debe reinterpretar quién es y de dónde viene para dar sentido a la realidad de un presente muy cambiante. Es un desconcierto también común entre la mayoría de los informadores, expertos, empresarios o diplomáticos con quienes he coincidido durante esta etapa vital y profesional: «Cuanto más tiempo paso en China, menos capacitado me siento para analizarla», hemos dicho en alguna ocasión aquellos que, en cambio, en nuestros países somos considerados «expertos en China». Y cuando preguntas a los supuestos expertos chinos sobre cuestiones fundamentales de un país casi tan grande como todo el continente europeo y con el doble de habitantes, con un mosaico complejo de grupos étnicos, lenguas, religiones y civilizaciones, las respuestas suelen ser difusas. Cuesta encontrar afirmaciones categóricas que respondan a interrogantes como «¿qué pasa en China?» o «¿cómo son los chinos?». Por no hablar del hecho de que, debido a la distancia cultural, muchos de

esos expertos, o gente que, como yo, hemos vivido largas temporadas en China, solemos cambiar de interpretación sobre determinados aspectos con facilidad. No voy a mentir al lector. Nada de lo que lea a partir de ahora cambiará esa borrosa percepción.

0

ENTONCES SUPE QUE NO DURARÍA DEMASIADO

Lo teníamos todo a punto. Habíamos alquilado un coche y reservado tres semanas de apartamento en Menorca. La escapada ideal al paraíso para alguien que ya consideraba Matrix, también conocida como Pekín, su ciudad. Teníamos los billetes, y las maletas estaban a medio hacer a falta de pocos días para partir. Hacía demasiado que no tenía tiempo libre ni ahorros y ya ni me acordaba de dónde habíamos ido la última vez que nos habíamos podido tomar unas vacaciones.

Pero todo empezó a tambalearse cuando repasé mentalmente el papeleo del viaje. Mi mujer, Wang Can, tenía el visado Schengen en regla y mi hijo recién nacido, Zètic, podría entrar en el espacio europeo sin problema porque le habíamos hecho el pasaporte español. Entonces fue cuando una lucecita de alerta se encendió en algún rincón de mi cerebro. Zètic tenía pasaporte español, en efecto, pero... ¡Hostia p...! ¡No tenía visado chino! Había nacido ese mismo año en Pekín y habíamos expedido solo el pasaporte español, así que se nos había escapado ese detalle tan importante sencillamente porque aún no había tenido que

cruzar ninguna frontera y no nos habíamos dado cuenta. Si a efectos de inmigración era extranjero, necesitaba, como todo extranjero, un visado para vivir en China.

Mi mente trabajaba a toda prisa. Podíamos pedir el pasaporte chino porque, al haber nacido en Pekín y tener madre china, el niño tenía derecho a tenerlo, pero el papeleo llevaría demasiado tiempo. Además, una vez tuviera el documento habría que hacerle visado Schengen en el consulado de España. También podíamos tramitar un visado chino de urgencia para el pasaporte español.

Había que intentar una u otra cosa. Lo que estaba claro era que, si no hacíamos nada, el niño no podría salir de China a tiempo. Mientras investigaba vanamente formas de posponer todo el viaje, fui al Buró de Entradas y Salidas de la Policía, el lugar donde cada diciembre renovaba mi visado de periodista.

Enseguida encontré a uno de mis interlocutores habituales, que me reconoció y me dijo que esperara cuando le conté de qué se trataba.

Me llevaron a otra sala que no tardé en reconocer. Estaba justo al lado del lugar en el que, hacía apenas unos meses, en febrero de 2011, me habían interrogado por la cobertura de la «Revuelta del Jazmín».

Más que una revuelta, ese episodio fue un intento fallido por parte de no se sabe muy bien quién, probablemente activistas chinos residentes en el extranjero, de desestabilizar el Partido Comunista chino. Coincidió con las primaveras árabes y posiblemente porque los claveles habían tenido un papel simbólico en otros países en crisis, como Túnez, los organizadores eligieron una flor, *molihua*, el jazmín, como icono de su particular acción. El llamamiento se mantuvo durante un mes e invitaba a quienes quisieran sumarse a la protesta a concentrarse espontáneamente en el centro de las principales ciudades chinas cada domingo.

Tuvo un efecto curioso. Quienes no faltaron a la cita fueron los periodistas y la policía. Mucha policía. Wangfujing, eje comercial del centro de Pekín solo para peatones, estaba poco más o menos tan lleno como de costumbre, pero nada llevaba a pensar que esa convocatoria tuviese el efecto esperado. Nunca nadie llegó a manifestarse, a desplegar ninguna pancarta, a gritar nada en nombre de la democracia. O quizá sí tuviera el efecto desestabilizador que buscaban, porque el nerviosismo de la policía derivó en situaciones absurdas y tensas.

Corrió la voz de que la protesta se haría delante de un McDonald's habitualmente muy concurrido y ahí fueron llegando hordas de reporteros con cámaras a la espera no se sabía exactamente de qué. «¿A qué famoso esperan?», se preguntaban algunos peatones. La policía estaba desconcertada porque no sabía qué esperar de esa conjura, pero nadie dudaba de que, con el precedente de Tiananmén aún fresco en la memoria, las autoridades reprimirían cualquier amago de protesta.

Por eso cuando, mientras la prensa empezaba a aburrirse y la policía lo observaba todo con prudencia, apareció de repente un ramo de flores blancas al pie de las escaleras del McDonald's, la calma tensa se convirtió en caos, con cámaras amontonándose para capturar la imagen y carreras para retratar al chico que las había dejado (o al menos todo el mundo así lo creía). El embrollo se desbordó cuando aparecieron policías de paisano que localizaron al individuo y lo empujaron hacia una calle contigua, lo que provocó que aún se amontonaran más cámaras. Mientras la pasma de paisano reducía al chico, los cámaras luchaban para conseguir el mejor plano. La marea de periodistas acompañó el intento policial de apartar al sospechoso y así siguió durante un rato, hasta que se lo llevaron.

El lío fue monumental cuando por la red empezaron a circular fotos del embajador estadounidense en Pekín, John Huntsman, cazado por los móviles de los peatones como supuesto espectador que «pasaba por ahí». En la red y en algunos medios de comunicación chinos enseguida lo acusaron de conspirador o instigador.

La conclusión generalizada es que el llamamiento había tenido su efecto: desestabilizar, tocar las pelotas. De tal manera que, en el segundo fin de semana de la «revuelta», la policía adoptó un papel activo. Primero, el Ministerio de Exteriores hizo uno de esos comentarios crípticos que no decía nada en concreto pero que todo el mundo entendía: «Se recuerda a los informadores extranjeros que, para realizar su trabajo, necesitan el permiso de las unidades o personas del lugar en el que tienen que entrevistar». Si bien la normativa olímpica había mejorado sustancialmente las condiciones en las que los informadores extranjeros trabajábamos en China, Pekín hizo lo que hace cuando decide que ya basta. Sin romper su promesa, hizo una relectura del compromiso. Recurrió a la excusa de que Wangfujing estaba gestionado por un *danwei* (antigua unidad de trabajo de la época maoísta) que se encargaba de las cuestiones administrativas. Y paralelamente al comunicado del Ministerio, la policía empezó a llamar a los periodistas para advertirles de que, si iban al centro, debían tramitar el permiso en las oficinas de ese *danwei*.

Todo ello ocurría uno o dos días antes del segundo domingo del jasmín y, cuando desde diferentes corresponsalías llamábamos al lugar designado por el Gobierno, nos decían que había que pedir permisos con mucha antelación y nos daban todo tipo de largas si queríamos grabar en domingo, fuera de la semana que fuera.

El siguiente domingo, Wangfujing se hallaba en estado de excepción. De repente, habían aparecido andamios de